

[APOLOGIA ALTERA DEL PROFETA DAVID.]

ADVERTENCIA SOBRE LA SEGUNDA APOLOGÍA DE DAVID.

El argumento de este libro es el mismo que el del anterior. En él se muestra que, aunque los textos sagrados revelan que David cayó en un doble crimen, a saber, adulterio y homicidio, no hay razón para que alguien se ofenda. Sin embargo, ya sea que consideres la elegancia del estilo, el método de tratamiento o la economía, encontrarás que ambas obras difieren considerablemente entre sí. De hecho, este libro fue dividido por su Autor en tres partes de manera estudiada y precisa. En la primera se argumenta contra los Gentiles (Cap. 5, num. 31), atribuyendo la caída a la condición humana y la enmienda a la virtud; en la segunda, se demuestra contra los Judíos que David cayó para que la perfidia de los judíos no cojeara más (Ibid.); en la tercera, se enseña a los Cristianos que en esta historia hay muchos misterios y figuras que ya hace tiempo concilian la gracia prometida (Ibid.). En la primera parte, el Autor refuta la objeción fútil de los paganos (Cap. 3, num. 6 y ss.) que vociferaban que la inocencia de vida era vanamente proclamada por los Cristianos, cuando sus príncipes estaban manchados y contaminados por adulterios y homicidios; en la segunda, a los Judíos, que afirmaban que David o Salomón eran el verdadero Mesías, se les refuta (Cap. 4, num. 21 y ss.) con una confutación sólida (Cap. 4, num. 26 y ss.) de los herejes que, negando la divinidad de Cristo, igualaban o superaban la perfidia de los mismos judíos; finalmente, en la última parte, donde se revelan cuatro grandes misterios ocultos en esta historia de David (Cap. 7, num. 37 y ss.), se explica la parábola del profeta Natán (Cap. 11, num. 55 y ss.), a la que finalmente se añade la exposición de los primeros versículos del salmo cincuenta (Cap. 12, num. 61 y ss.). Aunque se indica que David habla allí por sí mismo y se defiende, sin embargo, hay que admitir que lo que se dice allí se desvía del tema propuesto y se centra principalmente en refutar a los arrianos y maniqueos. Sin embargo, no es posible afirmar con certeza la causa por la cual no tenemos la explicación completa del salmo; si es por el daño del tiempo, la negligencia del escritor, o si el mismo Autor fue impedido de continuar sus discursos por la debilidad de la voz de la que se queja en esta obra (Cap. 5, num. 28).

De hecho, está fuera de controversia que esta obra consiste en discursos que él mismo indica más de una vez (Ibid. y cap, 11, num. 53). Los pronunció en la Iglesia en días diferentes (Ibid.) después de las lecturas del Antiguo Testamento y del Evangelio (Cap. I, num. 1, y cap. 7, num. 38). En este punto, no estaría de más observar, para beneficio del lector, que este Autor, al igual que el mismo Ambrosio en ciertas de sus obras, siempre usa las palabras *lectum* y *lectionem*, y no las palabras *cantatum* u otras similares: de donde se podría deducir que las lecturas y los Evangelios en las liturgias de ese tiempo no solían ser cantados, sino recitados; después de la recitación, el pueblo testificaba su fe y obediencia del alma con una especie de aclamación, lo que indican las palabras de nuestro Autor, "con cuánta piedad habéis seguido con asentimiento" (Cap. 7, num. 38).

Por lo tanto, simplemente decimos nuestro Autor; pues hay una controversia no menor sobre si esta obra puede realmente ser adjudicada a Ambrosio. Erasmo, quien primero la hizo de dominio público, advirtió (Epist. adjunta a esta obra) que aunque se le atribuyera a este mismo Padre en el manuscrito que descubrió, no parecía en absoluto ambrosiana; sino que debía ser atribuida al mismo Autor de los libros *De vocatione gentium*. Para sostener esta censura, no construye otro fundamento que la diversidad de estilo. Pues afirma que el Autor es un emulador tan feliz de la dicción ambrosiana, que en algunos aspectos la supera. Pues explica con más claridad y se desvía menos del tema, etc. Gillotius, por el contrario, defiende a nuestro Obispo (Admin. en esta obra.), apoyado por el consenso de los manuscritos, que no en pequeño número había reunido, y en los cuales ambas Apologías de David llevaban por

igual el título de Ambrosio de Milán, dedicadas al emperador Teodosio. En cuanto a la discrepancia de elocución que se oponía, él responde que no es nuevo que el santo Doctor cambie de estilo según el asunto, el lugar, el tiempo y las personas. Sin embargo, la mayoría de los críticos posteriores se inclinaron por la opinión de Erasmo, cada uno añadiendo alguna nueva razón. Bellarmino opina (De Script. Eccl.) que Ambrosio no habría tenido en absoluto la intención de escribir una segunda Apología; además, el Autor de esta segunda Apología niega que el adulterio de David fuera un verdadero adulterio y lo considera una interpretación alegórica, mientras que Ambrosio en la primera Apología reconoce que ese pecado fue realmente cometido. Possevinus aprueba todos los argumentos de Bellarmino (Appar. sac.) con la excepción de que quien así lo prefiera, considere que el santo Doctor pudo haber usado un estilo variado y haber escrito varias Apologías de David, al igual que se sabe que escribió varios libros sobre la Interpelación de David. Nicolás Faber (Epist. ad Front. Duc.) además de las razones anteriores, dice que este libro no es de Ambrosio, sino de un cierto origenista, que transfiriendo la Escritura a Alegorías, niega la ablución de Betsabé (Cap. 8, num. 39). Sin embargo, Theoph. Raynaudus intenta refutar las razones de ambos en su tomo XI, De libris configendis, part. I, Erot. 10, num. 185, a quien se puede consultar. Hermanus, en su juicio sobre las obras ambrosianas, observa que no pocas cosas que se dijeron en la primera apología también se leen en esta segunda; por lo tanto, no parece creíble que Ambrosio haya usado esa repetición; además, San Agustín al alabar la Apología de David nunca la llama primera; la segunda es completamente desconocida para Sixto de Siena; finalmente, el mismo Autor, según se puede deducir de los herejes que menciona, no escribió más tarde del siglo quinto (In fine Vitae Amb. Gall. script.).

En esta diversidad de opiniones, expresaremos sinceramente la nuestra, dejando a cada uno en libertad para abrazar la que considere más adecuada. Afirmamos en favor de Gillotius que, no solo en los códices manuscritos que utilizó, sino también en los italianos de los que Urbinas compiló su Milleloquium, y también en aquellos con los que corregimos el mismo tratado, se encuentra la inscripción de Ambrosio. Y Guillermo de San Teodorico, en su exposición del Cantar de los Cantares recopilada de las sentencias ambrosianas, que publicaremos en su lugar, cita la segunda Apología de Ambrosio. Sin embargo, dado que este Autor no es de una época muy antigua, ya que apenas murió antes del año 1545, debemos admitir que no hemos encontrado manuscritos mucho más antiguos de esa época.

También se puede añadir a favor de la opinión de Gillotius que el Autor de quien hablamos se queja de que "por la fragilidad de la voz", como él mismo dice, "no puedo completar toda la serie del tratado" (Cap. 5, num. 28). Esta queja también se observa en los libros De Sacramentis (Lib. I, cap. 16). ¿Acaso se puede aplicar esto a nuestro Ambrosio? Ciertamente encontramos que Agustín habló de él con estas palabras: "Aunque por la causa de preservar la voz, que fácilmente se le debilitaba, etc." (Lib. VI, Confess. cap. 3, num. 3). Pero la respuesta está a mano, no es inusual que los predicadores acusen la fragilidad de su voz. De aquí que Basilio, en su Homilía sobre el primer salmo, se queje de que le es difícil "el ministerio de la palabra debido a la debilidad congénita de la voz que nos falta".

En cuanto a la opinión de Faber, que el Autor era de la secta de los origenistas, ya que negó que Betsabé se hubiera bañado ante el palacio del rey; respondemos que esto ciertamente se objeta en Urías. Es manifiesto que él mismo en muchos lugares (Cap. 2, num. 5, y cap. 3, num. 12, y en otros) admite toda la serie de la historia como verdadera; por lo que si posteriormente indica que debe ser entendida no en sentido literal, sino alegórico, en esto sigue principalmente al bienaventurado Ambrosio, quien no pocas veces al desentrañar el sentido místico parece destruir completamente la verdad de la historia. Lee la nota en las palabras del cap. 8, num. 39, en la edición romana revocada de los supuestos.

Pero el erudito teólogo insiste en que solo la primera Apología fue conocida por Agustín. Sea así; ¿qué inconveniente hay si no todas las lucubraciones ambrosianas llegaron a manos de Agustín? Y tampoco se puede concluir otra cosa del silencio de Sixto, sino que o no conocía este libro, o no quiso emitir juicio sobre él. Pero tampoco hay razón para que alguien se asombre si nuestro Doctor escribió una doble defensa de David, ya que él mismo dejó constancia de haber compuesto varios libros sobre los hechos de Elías (Lib. de Elia et Jejun. cap. 3, num. 5), y sobre la historia de José (Lib. de Joseph Patriar. cap. 6, num. 30, y cap. 7, num. 38); y también ahora tenemos dos libros suyos sobre Abraham, donde explica los mismos pasajes de las páginas sagradas, aunque no en el mismo sentido, repitiendo muchas sentencias que ya había escrito antes.

En cuanto a la diversidad de estilo que ya al principio reconocimos como manifiesta, para expresar más claramente lo que sentimos; este Autor, aunque frecuentemente emplea locuciones ambrosianas, usa otras que no tienen nada de ambrosiano. Esto se observa especialmente cuando, al dirigirse amablemente a sus oyentes, busca ganarse su benevolencia. Pero tampoco se puede negar que no es costumbre de Ambrosio dividir su materia con tanta ansiedad y arte, e inculcar continuamente sus partes en las mentes de los oyentes o lectores. A esto también se podría añadir que en esta obra algunos pasajes de la Escritura se citan de manera un poco diferente a como se hace en las obras admitidas de Ambrosio, y que el Autor en algún lugar (Cap. ult. num. 66) parece haber usado la versión Vulgata.

Si estas razones son suficientes para adjudicar esta obra a Ambrosio, también se podría conjeturar a partir de lo que se dice allí sobre las dos voluntades y operaciones de Cristo (Cap. 7, num. 38, y cap. 12, num. 62, 64, y otros), que el Autor vivió después de que surgiera la herejía de los monotelitas. En esa opinión, está claro que él, quienquiera que sea, se propuso imitar la Apología ambrosiana, y no solo trasladó a su obra muchas cosas de ella que amplificó con su estilo (Cap. 3), sino también de otros comentarios del santo Doctor, especialmente de ese lugar del Comentario sobre el Evangelio de Lucas, donde se investiga por qué Cristo quiso descender de pecadores. Y este argumento parecería suficiente para reivindicar la segunda Apología a Ambrosio, ya que poco después remite a los lectores a una escritura que él mismo había elaborado sobre la historia de David; pero esa razón se ve afectada por el hecho de que lo que se lee justo antes de la citación mencionada se encuentra en la primera Apología. Por estas razones, hemos querido dejar el juicio sobre el Autor de este librito al lector; y dado que al menos hay derecho en la duda, no hemos considerado que deba ser revocada la posesión que hasta ahora ha estado en manos de Ambrosio.

SANCTI AMBROSII MEDIOLANENSIS EPISCOPI APOLOGIA ALTERA DEL
PROFETA DAVID. (C,G,S)*

707 CAPÍTULO PRIMERO.

Algunos pueden ofenderse porque David cayó en adulterio, y Cristo absolvió a la adúltera que se le presentó; pero sobre todo porque el mismo profeta divulgó su pecado. Sin embargo, se muestra que aunque David erró, Cristo no pudo errar; por lo tanto, deben ser rechazados aquellos que restan poder o providencia a Dios.

1. Quizás el título del salmo que escucharon leer haya ofendido a muchos; que Natán el profeta vino a David cuando entró a Betsabé: y también pudo haber causado no poco escrúpulo a los inexpertos la lectura del Evangelio (Juan VIII, 11) que se leyó, en la que

notaron que la adúltera fue presentada a Cristo y fue liberada sin condena. Pues ciertamente, si alguien recibe estas cosas con oídos ociosos, incurre en el incentivo del error, al leer el adulterio de un hombre santo y la absolución de una adúltera; casi como un ejemplo humano y divino de caída, que tanto el hombre pensó que el adulterio debía hacerse, como Dios consideró que el adulterio no debía ser condenado. Por lo tanto, el camino hacia la caída es resbaladizo, ya sea por el perdón o por la concupiscencia.

2. Se añade a esto que parece encender las mismas llamas de la lascivia juvenil; porque no se avergonzó de su adulterio, no lo ocultó: sino que lo divulgó con una especie de proclamación de un canto divino. ¿Qué, entonces, fue tan impudente, tan imprudente el santo David, que él mismo cantó su oprobio: especialmente cuando él mismo también dijo en otro salmo que se leyó hoy: "¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se gloriarán los pecadores?" (Sal. XCIII, 3)? Prohíbe a otros gloriarse en el pecado, y él mismo se gloria incluso en un canto sagrado. ¿Cómo, entonces, distinguimos estas cosas?

3. Sin embargo, supongamos que David erró petulantemente: ¿acaso Cristo también erró, para que pensemos que no tuvo un juicio recto? Por lo tanto, hoy David profetizó como si dijera a ellos: "Entiendan, insensatos, y necios, alguna vez sean sabios" (Ibid., 8). ¿Cómo pudo Cristo errar? No es lícito que esto entre en nuestros sentidos. ¿El que plantó el oído no oye: o el que formó el ojo, no considera? ¿El que corrige a las naciones, no reprenderá: el que enseña al hombre el conocimiento? (Ibid., 9 y 10). ¿Cristo, entonces, no supo interrogar la culpa y escuchar una acusación justa? ¿Cristo pudo aprobar la petulancia? ¿Cristo, que corrige a las naciones, no consideró que la adúltera debía ser reprendida? ¿Cristo, que conoce el interior del corazón de cada uno y enseña el conocimiento de la Ley, pudo ser engañado por un error o juzgar contra la serie de la Ley? ¿Y cómo dijo él mismo: "No vine a abolir la Ley, sino a cumplirla" (Mat. V, 17)? ¿Cristo, que condena lo oculto, pudo disimular lo manifiesto? ¿Cristo, que hizo los tiempos, puede desconocer los tiempos? ¿El que conoce los pensamientos vanos de los hombres, no conoce también los criminales?

4. Y por eso se ha respondido suficientemente a aquellos que, aunque no pueden negar al creador, niegan sin embargo el poder del creador: que, aunque admiten la sabiduría, afirman la insensatez, imputándole imprudencia en lo futuro. De lo cual podríamos hablar más extensamente: pero parece que se nos ha propuesto otro tratado. Y aunque se ha recorrido una serie de lecturas diversas, sin embargo, avanzan hacia la misma afirmación, y especialmente el título del salmo y la lectura evangélica. Pero aunque conviene una afirmación, sin embargo, según el orden de las lecturas, debe haber un orden en el tratado; y por eso parece que primero debe tratarse el título del salmo.

CAPÍTULO II.

El autor escribe aquí que no es fácil juzgar el argumento propuesto. Luego explica en qué orden y ante qué personas defenderá la causa de David errante.

5. Se ha propuesto una historia que contiene adulterio y homicidio. Pues así encontramos escrito en el libro de los Reyes (II Reg. XI, 2 y ss.); que el rey David, mientras paseaba en su casa, vio a la esposa de Urías bañándose, y al instante la amó, y ordenó que la trajeran. Luego ordenó que su esposo inocente, como introduce la Escritura, fuera expuesto a los guerreros más feroces, para que fuera oprimido por la fuerza hostil. Estos hechos ocurrieron, y no se niegan: ¿cómo, entonces, se defienden? La lectura evangélica (Juan VIII, 11) advierte bien que, incluso cuando el pecado parece haber sido cometido subrepticamente, sin embargo, el juicio del juez debe ser justo: y cada uno debe recordar su propia condición y mérito. Pues a

menudo, incluso al juzgar, el pecado del juicio es mayor que el pecado mismo sobre el cual se juzga. Pues si se ha prescrito por algunos sabios del mundo que al juzgar se debe tener cuidado de que la pena no sea mayor que la culpa, y eso se observa: cuánto más parece que debe observarse que cada uno, al juzgar a otro, primero se juzgue a sí mismo, y no condene errores menores en otro, cuando él mismo ha cometido mayores. ¿Quién eres tú, entonces, que juzgas al santo varón David? Lo digo al gentil, lo digo al judío, lo digo al cristiano; y por eso parece que el tratado debe ser distinguido en tres partes, una contra los gentiles, otra contra los judíos, y la tercera entre los cristianos.

CAPÍTULO III.

Advierte a los gentiles que no miren tanto al David errante como al penitente, porque así como aquello es común a los hombres, esto es raro en los reyes. Luego declara cuán fácil es ser vencido por la lujuria, y confirma con ejemplos de hombres santos.

6. Mi primer discurso, entonces, es contra los gentiles, que suelen objetar: "Miren cómo los cristianos siguen la inocencia, prefieren la fe, veneran la religión, enseñan la castidad, cuyos príncipes se dice que han cometido homicidios y adulterios. El mismo David, de cuyo linaje, como dicen, Cristo eligió nacer, cantó sus homicidios y adulterios. ¿Y cómo pueden ser los discípulos, cuyos maestros son tales?"

7. ¿Qué, entonces? ¿Negamos el hecho, o repudiamos al maestro? Nada de eso. Pero quien objeta el aspecto, considere la comunidad. El aspecto es del hecho, la comunidad es de la naturaleza. No es de extrañar, entonces, si dentro de la generalidad hay un aspecto. Reconozco que David era hombre, y no es de extrañar: reconozco lo común, que el hombre peca. Pues no es nueva la debilidad de la condición humana, y parece más sorprendente si un hombre carece de pecado que si comete algún pecado. Por lo tanto, el santo David pecó, no los retendré en ambigüedad, cometió adulterio, cometió homicidio, y lo cometió y lo llevó a cabo. Pecó lo que suelen pecar los reyes; pero hizo penitencia y lloró, lo que no suelen hacer los reyes. Rogó por perdón, no arrogante en su poder, sino consciente de su debilidad; postrado en tierra se cubrió con cilicio, olvidó su imperio y recordó su culpa.

8. ¿A quién me encuentras de este tipo de hombre que, estando en el poder, no ama más sus pecados, proclama su culpa, defiende sus crímenes; que piensa que lo que no es decente para él, no le está permitido: que se obliga a sí mismo con sus propias leyes; y que lo que no está permitido por justicia, tampoco está permitido por poder? Pues el poder no disuelve la justicia, sino que la justicia disuelve el poder; ni el rey está libre de las leyes, sino que disuelve las leyes con su ejemplo. ¿Puede ser que quien juzga a otros, sea libre de su propio juicio, y asuma en sí mismo lo que también obliga a otros?

9. Es, por tanto, más meritorio David, y mucho más admirable quien vence el poder que quien vence el amor. La castidad a veces se atribuye al cuerpo, frecuentemente al error; el poder se somete a Dios; y es más fácil contenerse en el amor que moderarse en el poder. No perdonas, entonces, lo que es menor, en lo que admiras cosas mayores. La naturaleza humana es resbaladiza y propensa al pecado; también es resbaladiza la licencia del poder en las buenas costumbres, y la oferta de facultades. La ira del rey no se diferencia de la ira del león; pero quien lo estimula y se mezcla con él, peca contra su propia alma. Que nadie, por tanto, estimule el poder, no sea que, atrapada el alma en las trampas corporales, no pueda despojarse del vicio. No es, por tanto, sorprendente que incluso David haya caído por la

aparición del poder; pero es mucho más admirable que haya sido llamado de nuevo por la contemplación de la fe.

10. Veis, por tanto, que este poder secular frecuentemente no sirve de nada, y a menudo es perjudicial; pues muchas veces la salida de la culpa está en la autoridad del poder. No presumas, por tanto, quienquiera que seas, rey, de tu poder y facultad; porque el corazón del rey está en la mano del Señor. No te halagues con la sumisión de los pueblos; porque el rey no se salvará por la multitud de su poder, ni el gigante será salvo por la multitud de su fuerza. No es en las altas cumbres de los tabernáculos, ni en el precioso techo de las casas, sino que el Señor se complace en los que le temen, y en aquellos que esperan en su misericordia.

11. Vemos, por tanto, que el poder es resbaladizo hacia los vicios, aunque no diría que siempre es inflexible; pues leemos que David, elevado por el poder real, aumentó los cultos divinos, y que Salomón consagró un templo a Dios.

12. Ahora afirmemos lo que hemos tocado, que la facultad de mandar es un incentivo para pecar, y sigamos según la serie de la historia. David no habría adulterado el derecho del lecho ajeno, ni los pactos del matrimonio, si no hubiera visto a una mujer desnuda y bañándose desde el interior de su casa. Y por eso está bien escrito: No mires la belleza de una mujer: y no desees a una mujer (Ecl. II, 5, 28). En otro lugar dice: Cuidate de todo ojo irreverente (Ecl. XXVI, 14). No presumas de la virtud de tu continencia. Porque la fornicación de una mujer se reconocerá en la altivez de sus ojos y en sus párpados (Ibid., 12); y por eso huye primero de la causa del pecado. Nadie es fuerte por mucho tiempo. No solo al frágil, sino a todo hombre se le dice: No te venza la concupiscencia de la forma (Prov. VI, 25); si no quieres ser vencido, no te enfrentes a los pecados, no sea que los vicios te coronen; ni seas atrapado por los ojos, ni arrastrado por los párpados (Ibid.). Una mujer te parece vil en precio, pero fuerte en vicio; porque una mujer captura las preciosas almas de los hombres (Ibid.).

13. Es difícil, por tanto, que alguien atrapado por los encantos de la lujuria escape indemne. Y no solo mi opinión lo juzga difícil: sino que también en los Proverbios del santo Salomón se juzga imposible, quien, guiado por su propio ejemplo, dice: ¿Alguien atará fuego en su seno, y no quemará sus vestiduras? ¿O caminará alguien sobre carbones encendidos, y no quemará sus pies? (Ibid., 27 y 28). Cuidate, por tanto, de no encender en el seno de tu mente el fuego de la lujuria y el amor; no sea que la vestidura corporal sea consumida por ese incendio del alma, y pierdas la perpetuidad de la resurrección: o al menos se queme la huella de tu mente, si piensas que debes caminar por las antorchas de las lujurias. Porque quien arde en el corazón, se quema en el cuerpo.

14. Por todos los medios, debe evitarse el encuentro con una mujer lasciva. Y por eso adquiere para ti la prudencia como discípula, dice, para que te guarde de la esposa ajena y fornicaria (Prov. VII, 5); no sea que te tenga atado con los lazos de sus labios, y te envuelva con los rizos del error. Así que el profeta te enseñó de dónde debes cuidarte de la meretriz (Ibid., 6), para que te cuides de la ventana de su entrada. Porque entra por la ventana de su casa. Su ventana es el ojo: y por eso cuidate de todo ojo irreverente, no sea que el amor entre por la ventana, y la lujuria penetre. Porque la mujer fornicaria ama ilícitamente con la vista; y a menos que refrenes la mirada petulante de la mente y del alma, la muerte entra por la ventana. No es desidiosa la petulancia de la meretriz, no es ociosa la lascivia, que hace volar los corazones de los jóvenes; para que no puedan mantener la constancia de su propia mente, y sean arrastrados aquí y allá por el amor ardiente. Cuidate, por tanto, de una mujer de este tipo (Ibid., 10 y sig.), que no descansa con los pies, vaga afuera, acecha en las esquinas, ata con los ojos, seduce con palabras, teje su lecho con hilos y lo cubre con tapetes de Egipto;

porque no toma su adorno de la meditación divina, sino de la seducción mundana: con razón dice que su marido está ausente, porque ninguna adúltera puede tener a Cristo presente.

15. Ves, por tanto, cuántas cosas incluso los corazones de los santos pueden ser capturados; y por eso no te sorprendas si incluso el santo David fue capturado. Un hombre ciertamente grande, y que venció con fe al filisteo inmenso en cuerpo y armado con armas de guerra, pero ojalá se hubiera vencido a sí mismo, ojalá hubiera podido derribar y superar a su enemigo interior como derribó a aquel adversario. La lucha es más grave para quien combate dentro que para quien combate fuera.

16. Pero, ¿por qué hablo solo de David? Llamemos también a otros a este tratado, para que no pensemos que fue más la debilidad de David, es decir, de un solo hombre, que la debilidad de la condición corporal. Sansón, fuerte y poderoso, estranguló a un león, pero no pudo estrangular su amor: rompió las cadenas de sus enemigos, pero no rompió los lazos de sus propias pasiones; incendió las cosechas ajenas, y él mismo, encendido por la chispa de una sola mujer, perdió la cosecha de su virtud. Salomón construyó un templo para Dios, pero ojalá hubiera guardado el templo de su propio cuerpo. Pero volvamos al mismo de quien nos hemos apartado. David triunfó en diez mil, pero erró en veinte mil y más; y porque erró, reconoció que era hombre, confesó su culpa, pidió perdón diciendo al Señor: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor. Ten piedad de mí, Señor, porque estoy débil (Sal. VI, 2 y 3). Si David está débil, ¿tú eres fuerte? Si Salomón cayó, ¿tú eres inamovible? Si Pablo es el primero de los pecadores, ¿puedes tú ser el primero de los santos? Por tanto, si los justos erraron, erraron como hombres, pero reconocieron su pecado como justos. Si los justos recibieron la sentencia de un castigo más atroz, ¿cómo te propones a ti mismo la esperanza de impunidad, cuando la Escritura dice: Si el justo con dificultad se salva, el pecador y el impío, ¿dónde aparecerán? (I Pedro IV, 18).

17. Advertís, por tanto, hijos, cuán frecuentemente incluso un buen propósito es socavado por la causa del adulterio; y por eso debéis primero huir y evitar las mismas causas. ¿No quieres ser capturado por el amor? No mires la belleza de una mujer, porque tus ojos, que cuando vean a una extraña, tu boca hablará perversidades, y yaces como en el corazón del mar, y como un piloto en una gran tormenta. Porque las multitudes de pasiones hacen una gran tempestad, que perturbando de un lado a otro al que navega en el mar del cuerpo, para que el alma no pueda ser su propio piloto, ignorando el día y la noche en la oscuridad del amor.

18. La lujuria se excita con los ojos, pero se enciende con la embriaguez. Porque todo borracho y fornicador se empobrecerá. No te halagues con el poder de beber. Noé se embriagó, y quien no se embriagó con el diluvio, se embriagó con el vino. Pero él ignoraba la naturaleza del vino, pues no había bebido antes: tú aprendiste en él a cuidarte de lo que debes. Lot fue engañado por el sueño, y si no quieres ser engañado, disipa el sueño de tu mente, no sea que un hijo o una hija se burlen del que duerme. No es piedad allí, sino embriaguez: no es el padre allí, sino el que duerme es engañado. ¿Quieres no quemarte? No te acerques al fuego. ¿Quieres no precipitarte? Huye de lo inestable, evita lo escarpado, declina lo caduco y lo resbaladizo.

19. Ves, por tanto, que en aquellos que merecieron ser justos, no había una naturaleza diferente, sino una disciplina diferente. Después de la caída del primer hombre, y la justa sentencia, cuando en uno fue condenado el apetito de la carne, la condición arrastró el vicio, la culpa infectó la naturaleza; pero la fe moderó el vicio de la misma naturaleza, y la intención de devoción mitigó la ofensa.

20. Convertíos, por tanto, al Señor, naciones, sabed que el Señor es Dios: él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos. Sabed que somos carne y polvo. Dejemos, por tanto, lo que hemos hecho, y veneremos al mismo autor nuestro, quien dio la vida, perdonó los pecados, quien solo puede decir: Yo soy, yo soy, quien borra vuestras iniquidades, y no me acordaré (Isaías XLIII, 25). Grande y misericordioso Dios, quien confiere el beneficio, y no reprocha el don del beneficio. ¿Os maravilláis de que haya hecho a David rey, y vencedor de muchas naciones? Así acostumbra a elevar a sus siervos. No es avaro de dones, ni parco en beneficios, ni estrecho y frugal en gracia; sino opulento en largueza, a quienes redimió del pecado, los aumenta en premio. Esto contra los gentiles.

CAPÍTULO IV.

Refuta a los judíos que creen erróneamente que David, quien fue sujeto al pecado, o Salomón, a quien no se aplican las palabras dichas de Cristo, es el Hijo de Dios; y refuta la interpretación errónea de algunos herejes sobre el Hijo de Dios.

21. Pero como hemos prometido una división tripartita de este tratado, una contra los gentiles, otra contra los judíos, y la tercera en la Iglesia; ahora parece que debe tratarse contra los judíos. ¿Qué, por tanto, se nos ha propuesto? El título, dice, del salmo de David de entendimiento, cuando vino a él el profeta Natán: cuando entró a Betsabé (Sal. L, 1 y 2). Esta historia, sin duda, presenta a David como adúltero y homicida, ¿y a este vosotros, judíos, decís que es el hijo de Dios? Pero Dios es de virtudes, no de crímenes. Y de este dice Dios Padre: Su trono es como los días del cielo (Sal. LXXXVIII, 30); ¿quién ha hecho engaño, no ha vencido los pecados? ¿Y cómo está escrito: Nadie es sin pecado, sino solo Dios (Lucas XVIII, 19)? Si, por tanto, no puede no ser Dios, quien es hijo de Dios, ciertamente el hijo de Dios es árbitro de justicia, no sujeto a culpa.

22. ¿Con qué opinión juzgáis a David como hijo de Dios, o pensáis que Salomón lo es? ¿Es porque está escrito: Dios da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey (Sal. LXXI, 2); y porque el título del salmo en Salomón dice que el salmo LXXI está compuesto? Pero advertid a qué Salomón se refiere. Salomón significa pacífico, eso es lo que significa la interpretación. El salmo se dice de aquel a quien verdaderamente sabemos que es el autor de la paz. ¿Cómo, entonces, es Salomón pacífico? No lo muestra la sangre de Joab, a quien mandó matar entre los altares del templo; ni la pena de Adonías, a quien castigó como culpable de afinidad real, ni fue revocado de su indignación por la súplica de su madre. ¿Cómo, entonces, piensas que lo que está escrito se aplica a Salomón, hijo de David, que permanecerá con el sol y ante la luna, por los siglos de los siglos (Sal. LXXI, 5); cuando él, habiendo obtenido el uso de una vida breve, pasó su tiempo de vida en límites estrechos? ¿Cómo, entonces, se dice de él: Dominará de mar a mar (Ibid., 8); cuando él, establecido dentro de Siria, es decir, dentro de la provincia de una sola región, tuvo los límites circunscritos de su imperio? Solo Cristo ha extendido su imperio hasta los confines de todo el mundo. Solo este es, de quien la serie del salmo profetizó bien, que los reyes de Arabia y de Saba traerán dones, y todos los reyes de la tierra lo adorarán: todas las naciones le servirán (Sal. LXXI, 10 y 11). A este lo conocemos gobernando sobre todas las naciones y pueblos, con un imperio incircunscrito, un poder interminable. Por tanto, Salomón no es el hijo de Dios.

23. Pero, ¿por qué razón pensasteis que él es el hijo de Dios? ¿Es porque fue sabio? Pero este pidió sabiduría, para recibir lo que no tenía: Cristo es la sabiduría misma, teniendo naturalmente en su totalidad lo que Salomón recibió en las cosas humanas por gracia. Por lo tanto, lo que se recibe en el tiempo, se posee en el tiempo. Salomón no tuvo sabiduría ni al principio de sí mismo, ni la poseyó al final. Ni siquiera creyó tener lo que pidió; y después,

apartado del culto a Dios, no cayó como sabio, sino como insensato, para ofender. Ofendió tanto, que incluso perdió lo que había merecido. ¿Por qué, entonces, creísteis que él es el hijo de Dios? ¿Es porque construyó un templo para Dios? Pero de esto debísteis haber creído que no era el Señor y Dios, porque está escrito: Si el Señor no construye la casa para sí, en vano trabajan los que la edifican (Sal. CXXVI, 1). En vano trabajó quien edificó ese templo, que el fuego sometido consumió. ¿Es porque a David, su padre, se le dijo: No construirás tú una casa para mí... pero cuando duermas, levantaré tu descendencia después de ti; y él edificará una casa para mi nombre (II Sam. VII, 12 y 13). Pero allí también se promete un templo no corporal, no material, porque Dios no habita en lo hecho por manos, sino que el templo es la santa Iglesia, que ciertamente no se funda por virtud humana, sino celestial.

24. Porque si admiramos las obras de una virtud más excelente, pero aún humana, encontramos muchos de este tipo, que podemos comparar con David y Salomón. Y por eso, donde hay igualdad de obra, no hay excelencia de poder. Ni podemos decir que hay más hijos de Dios, cuando hemos leído de un solo hijo de Dios; pero no se debe hacer injuria al hijo de Dios por los beneficios que ha conferido a nuestros padres. Muchos hombres ilustres: pero por uno, Jesús de Nave, se detuvo, dice, el sol contra Gabaón (Josué X, 13). Veis que él avanzó más allá de la virtud del rey David; porque David no gobernó sobre los cuerpos celestiales, sino sobre los terrenales. Veis también que el sol es un ministro, no un señor, que incluso sirvió a la voz humana. Sin embargo, se detuvo, porque en Jesús reconocía tanto el tipo del futuro como el nombre. Porque no en su propia virtud Jesús de Nave, sino en el misterio de Cristo, gobernaba sobre las luminarias celestiales; se designaba que el hijo de Dios vendría a este mundo, quien diferiría el ocaso de la luz mundana que se ponía y ya se inclinaba hacia las tinieblas, devolvería la luz, traería la claridad. Enoch también fue arrebatado al cielo: pero aquel fue arrebatado, este regresó. Aquel fue arrebatado, para que la maldad no cambiara su corazón; este abolió la misma maldad de este mundo. Elías ascendió al cielo en un carro y caballos; pero Cristo descendió del cielo, y no en un carro y caballos, como aquel ascendió, porque aquel no podría de otra manera; pero este regresó por su propia virtud. Eliseo mandó lavar al leproso en el Jordán, para que fuera limpiado de toda contaminación; este en el Jordán lavó todo el mundo. Moisés mismo, a quien se le confiaron los pueblos de los judíos, dividió el agua; y él ciertamente dividió los elementos, porque no dividió el poder de la Trinidad; separó las masas de agua, porque no separó al Padre del Hijo.

25. Veis cuántos hombres, y qué ejemplos de obras han dejado. ¿Cómo, entonces, juzgáis que aquellos que conocéis iguales en virtud al rey David o Salomón, son desiguales en condición, para que penséis que Salomón, hijo de David, se sienta a la derecha de Dios? Especialmente cuando el mismo David claramente expresó de quién se decía; porque no diría de su hijo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha (Sal. CIX, 1). ¿Cómo llamaría a su hijo Señor? La ley lo prohíbe, la religión se opone, la fe aborrece que coloques a un hombre mortal a la derecha de Dios omnipotente. Otro es aquel que se sienta a la derecha, quien asumió el cuerpo, no quien comenzó del cuerpo; quien fue engendrado antes del lucero, es decir, antes de la claridad de todas las luces; porque él mismo creó las dignidades de las diversas luces: pues Salomón ciertamente es después del lucero. Salomón no fue sacerdote; y por eso no se le pudo decir por el Señor omnipotente: Desde el seno antes del lucero te engendré (Ibid., 3); no se le pudo decir: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Ibid., 4); especialmente cuando en el tiempo en que Salomón fue, los sacerdotes eran según el orden de Aarón, no según el orden de Melquisedec. Porque aún los sacerdotes ofrecían la sangre de machos cabríos y toros por los pecados del pueblo y los errores: pero después que Cristo vino, quien se ofreció a sí mismo por la salvación del mundo

(para que aquellos que la sangre de los toros no podía lavar, la sangre de Cristo los limpiara) comenzaron a ofrecerse a sí mismos como sacrificios los sacerdotes.

26. Así, con una sola pregunta, nuestro Señor Jesucristo cerró la boca de todos los herejes y clausuró sus sacrilegios. No solo refutó a los judíos, sino también a los fotinianos, arrianos y sabelianos con esta pregunta. Por lo tanto, dado que ya vemos que los judíos han decaído y esa execrable perfidia ha disminuido, debemos ahora, en el tratamiento de esta cuestión, abordar a los arrianos, que no difieren mucho de los judíos, así como a los fotinianos y sabelianos. Que Photino guarde silencio, quien dice que Cristo es hijo de David, no de Dios; y que guarde silencio, condenado por la voz celestial. Pues, ¿cómo dice que Cristo es hijo de David, cuando el mismo David dijo en el libro de los Salmos: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies" (Sal. 109, 1)? Si David, dice, lo llama Señor, ¿cómo es su hijo? (Luc. 20, 13 y 14). Cristo, por tanto, no es hijo de David, sino hijo de Dios. Que también guarde silencio el sabeliano; y cuando lea que el Señor dijo al Señor, entienda que no es el mismo quien dice y a quien se dice: pues el Padre no se dijo a sí mismo: "Siéntate a mi derecha"; ni se dijo a sí mismo: "Pondré a tus enemigos". Y que todos entiendan alguna vez que es el Hijo quien se sienta a la derecha. Y que mantengan esta distinción entre el Padre y el Hijo, para que haya una distinción entre el Padre y el Hijo, que uno es el Padre, otro el Hijo, porque comparten un mismo trono, una misma majestad, y se sientan, no por diferencia de dignidad, ni por orden de poder, sino por el vínculo de la caridad: entiendan que el Padre y el Hijo tienen un mismo poder, en lo cual también Ario debe callar, quien sigue las huellas de error opuestas a Sabellio. Que escuche al Señor decir al Señor, que escuche al Hijo sentarse a la derecha del Padre; y que deje de cuestionar la divinidad con palabras y órdenes humanas. Y que no argumente aquí, porque el Padre dice, "siéntate"; pues leemos también en otro lugar que el Hijo se sienta sin que el Padre lo diga, como está escrito: "Y se sienta a la derecha de Dios" (Marcos 16, 20). Y en otro lugar: "Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios" (Mateo 26, 64). Pues es a él a quien se le dice, "siéntate", quien es llamado Hijo del Hombre: escucha como hombre, se sienta como Hijo de Dios. ¿Qué puede decirse más excelso que este poder, que incluso colocó la carne del hombre a la derecha de Dios; y unió esa debilidad de la condición humana, después de que el Verbo se hizo carne, a la divinidad eterna?

27. Pero, ¿qué es esto? Después de que Photino ha enmudecido, Ario ha callado, Sabellio ha perdido la voz; aún veo bocas de herejías diversas levantándose contra la Iglesia. Pues he aquí que el maniqueo y el valentiniano, y toda derivación de los maniqueos, se apoyan en la misma arma con la que otros han sido derrotados; y procuran un prejuicio de fe con testimonio de fe. Dice, en efecto, la detestable herejía: He aquí que Cristo negó ser hijo de David (Luc. 20, 13); y por eso, dice, debe creerse que no asumió carne. A lo cual la Escritura responde clarísimamente en el mismo principio del Evangelio, cuando dice: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David" (Mateo 1, 1). ¿Por qué, entonces, en un lugar se le llama hijo de David, y en otro se le niega ser hijo de David; sino para que entiendas que ser hijo según la sustancia divina es una cosa, y serlo según la asunción de la carne es otra? Pues según la sustancia divina, es Hijo de Dios; según la carne, hijo de David. Así que donde se describe la generación según la carne del Salvador, se le llama hijo de David: pero donde se exige la plenitud de la confesión, cuando se designa la generación del Salvador, no quiere ser llamado hijo de David, sino de Dios; pues la designación de su majestad interpreta su naturaleza. Pero ya que hemos refutado las interpretaciones de los crueles, el discurso debe dirigirse a la Iglesia.

CAPÍTULO V.

Confirma las razones aducidas contra judíos y gentiles, y convierte el discurso a la Iglesia.

28. En verdad, el hecho de que repitamos a menudo el título del salmo cincuenta no es un ejemplo de presunción, sino de debilidad. Pues en un solo día, ya sea por la limitación del ingenio o por la fragilidad de la voz, no puedo completar toda la serie del tratado. Y por eso, dado que el día anterior nuestro discurso se dirigió contra los judíos, a quienes los documentos de la fe sometieron hasta el punto de que Cristo fue colocado en el trono celestial: lo cual ciertamente no puede convenir a un hombre. Pues no es creíble que otro, sino el Hijo de Dios, se sienta a la derecha de Dios. No debemos estimar que otro se sienta a la derecha del Padre, sino el Hijo de Dios, eliminadas todas las ambigüedades. Nuevamente, dado que la Escritura dice: "Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Sal. 131, 11); se debe creer que el mismo Hijo de Dios asumió carne de María, en la cual está el fruto profético del vientre: para que reconozcas verdaderamente la sucesión del origen, y no dudes que el Hijo de Dios, hecho después hijo del hombre por la ascensión de la carne, se sienta en el trono celestial del Padre. Pues Cristo no tuvo en este mundo un trono real, para que pienses que otro trono similar al de David le fue prometido; especialmente cuando el mismo Señor dijo: "Mi reino no es de este mundo" (Juan 18, 36).

29. Así, acorralados por todas partes, derivan las tentaciones de su perfidia, para afirmar que es increíble que Dios haya asumido carne: pero no pueden explicar por qué razón no pudo asumirla. Pues pregunto si creen que fue por imposibilidad o por causa de injuria que Dios no pudo asumir carne. Si por imposibilidad, entonces algo es imposible para Dios: pues no hay nada que haya querido hacer y no haya podido. Por lo tanto, queda que se demuestre si quiso o no quiso. Pero, ¿qué mayor indicio de voluntad que el hecho de que él mismo dijo: "Me manifesté abiertamente a los que no me buscaban... Extendí mis manos a un pueblo incrédulo y contradictor" (Isaías 65, 1 y 2)? Si, por lo tanto, quiso y pudo, ¿pensamos que no quiso por causa de injuria? ¿Y qué injuria siente la divinidad de sí misma? Pues está exenta de afrenta, ni está sujeta a nuestras pasiones; ni la carne pudo traer detrimento a la divinidad, ni aumento.

30. ¿Quiénes, sin embargo, objetan que el Hijo de Dios no pudo asumir carne? ¿Los gentiles, que testifican que sus dioses (pues no pueden negar que fueron hombres) fueron vistos en forma humana? ¿O su rey, a quien anteponen a todos sus dioses, pudo asumir formas prodigiosas por amor: y Cristo no pudo asumir la carne del hombre, a quien hizo a su imagen, y esa obra suya tan excelente, por la salvación del mundo; y les parece más hermoso asumir la forma de carne por adulterio de lecho ajeno, que por la redención de todos los hombres? Y si el judío objeta esto, ¿cómo lee: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo; y su nombre será Emmanuel" (Isaías 7, 14), que se interpreta como, Dios con nosotros? ¿Cómo lee: "He aquí que yo, que hablaba, estoy presente" (Isaías 53, 6)? ¿Cómo afirma haber leído: "He aquí que como una pantera... y como un oso irritado les saldré al encuentro" (Oseas 13, 7 y 8)? ¿Entonces el Hijo de Dios no pudo asumir carne para la redención de todos, cuando ellos no pueden negar que por el castigo de nuestros pecados, Dios asumió una cierta afectación de crueldad animal; para que, aunque por naturaleza es piadoso y misericordioso, sin embargo, conmovido por la atrocidad de nuestros crímenes, asuma contra nosotros una cierta ferocidad de las bestias?

31. Pero ya que creo que tanto el día anterior como hoy he respondido suficientemente a los judíos, debo dar razón del hecho profético ante vosotros, hermanos amadísimos. Pues cuando se leyó por primera vez el título de este salmo, que Nathan vino a David cuando entró a Betsabé, dijimos que muchos se confunden con la serie de esta historia: y por eso asumimos su tratado en tres partes; y pensamos que la división del tratado debía hacerse de tal manera

que entre los gentiles no se negara la caída de la condición, se afirmara la corrección del error; entre los judíos, sin embargo, debíamos enseñar que el santo David cayó para que la perfidia de los judíos no claudicara más, y dejaran de creer que era el hijo de Dios, al ver que estaba sujeto a la común condición de pecado; y los cristianos pudieran advertir los misterios de la Iglesia naciente. Por lo tanto, se hizo una división tripartita, una según la naturaleza, otra según la fe, y la tercera según la gracia; ni la debilidad excluye del perdón, y la fe excusa de la culpa, y los sacramentos ya hace tiempo concilian la gracia prometida.

CAPÍTULO VI.

Enseña a la Iglesia por qué David y muchos otros autores del linaje del Señor fueron permitidos caer en error; y para extraer más fácilmente los misterios, recuenta la historia del homicidio y adulterio del mismo David.

32. David pecó para que todo el mundo no errara; pecó para corregirnos a todos; finalmente, pecó en su propio cuerpo (pues quien fornicar, peca en su propio cuerpo) pecó en su propio cuerpo, para ser redimido en el cuerpo de Cristo: he aquí a quien apenas pensábamos defender, ya vemos que debemos proclamar. Pues, ¿quién no querría que se proclamen más los dones divinos en sí mismo que las obras humanas? Pues creemos, según el apóstol (Rom. 3, 28), que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley: por lo tanto, que David sea justificado por la fe, quien por la Ley reconoció el pecado, pero por la fe creyó en el perdón del pecado; que David sea justificado, porque en su pecado, al ser sorprendido, resplandecieron los misterios de la Iglesia.

33. Alguien dirá, ¿cómo es que el autor del linaje del Señor, elegido por Dios, cometió adulterio y homicidio? Digo otra cosa: tal autor del cuerpo del Señor debía ser elegido. Pues, ¿qué es la encarnación, sino la remisión de los pecados? Y por eso no pudo estar exento de pecado, para que mostrara la gracia divina tanto con el ejemplo como con el mensaje. Por lo tanto, por esa disposición, Betsabé y Tamar se cuentan entre los autores del linaje del Señor: una cometió adulterio, la otra incesto. Por esa disposición, también Acab y Jeconías, como lo describió el evangelista Mateo (Mateo 1, 9 y 11), se enumeran entre los mayores de Cristo, para que, al redimir a todos los hombres, comenzara el beneficio desde sus mayores; al mismo tiempo, para que quien se sometió hasta la pasión del cuerpo, no pareciera haber buscado la nobleza de un origen immaculado. Pues esa es la jactancia de los hombres, buscar la gloria ajena, no la propia; y sin embargo, entre los mismos hombres, la gracia de la virtud es mayor que la de la nobleza. Al mismo tiempo, debía darse un ejemplo, para que todos entendieran que las deshonras de los mayores no pueden ser deshonra para los descendientes; que cada uno puede borrar la mancha de la sucesión con el mérito de su propia virtud. Ves cuántos y cuán gravemente criminales comprende la serie de la generación del Señor, de cuya descendencia Cristo no se avergonzó de nacer por ti. Y si crees esto, son dones de la divina misericordia en ti, y esto es un signo de la potestad celestial. Pues sobreabundó el pecado, para que sobreabundara la gracia. Por lo tanto, David no fue exceptuado de la culpa, para que fuera elegido para la gracia.

34. Pero ya recensemos los misterios de la misma historia, y bebamos de las mismas fuentes de las Escrituras; y para que podamos contemplar toda la serie de los misterios, repitamos el texto de la misma historia. Pues así recordamos que está expresado en el libro de los Reyes (2 Sam. 11, 2 y ss.), que David, al ver a Betsabé, esposa de Urías, bañándose, la amó; luego ordenó que viniera a su casa, estando ausente el marido de la mujer; no mucho después, el marido de ella regresó, mensajero de guerra, un hombre religioso y devoto, que en tiempo de guerra no consideró que debía entrar en su casa, viendo a sus compañeros atentos a la guerra,

y no en tiendas domésticas, sino en tiendas de campaña; después, por orden de David, fue llamado de nuevo a la guerra, bajo la orden de que fuera expuesto a los guerreros enemigos, para que, con la muerte del hombre, el rey tuviera libre acceso a la mujer. Y aquí hay cierta vergüenza del pecado, y pudor de la culpa, pues buscó un escondite para su error; y no asumió la autoridad de la injusta muerte por derecho de poder real, sino que evitó la envidia. Confiesa la culpa, pero es más tolerable la que se oculta con vergüenza, que la que se proclama con insolencia. Murió, pues, Urías, expuesto a los guerreros, pero después los mismos que lo mataron, por orden de David, fueron muertos al tomar la ciudad. Esta es la serie de la historia, en la cual se pueden contemplar profundos misterios.

CAPÍTULO VII.

Invocado el Espíritu Divino, comienza a descubrir los misterios que se ocultaban bajo el adulterio de David y Betsabé, así como bajo el parto de esta.

35. Y puesto que no recibimos a David para defenderlo, pues no necesita mi ayuda, sino para excusarlo, o más bien para proclamarlo; para no vacilar en tan profundo misterio, es justo que use su propia voz, cuya historia uso. Usaré, pues, la respuesta profética diciendo: "Crea en mí, Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Sal. 50, 12). Pues nadie, sin la infusión del Espíritu Santo, puede contemplar tan grandes misterios del divino retiro. Pues si aquel gran profeta pide que se le infunda el don del Espíritu Santo, ¿qué debe hacer el débil; especialmente cuando también el santo Apóstol considera que es ayudado por las oraciones del pueblo, para que se le abra la puerta para hablar el misterio de la palabra? ¡Oh, si Cristo se dignara abrirme esa puerta! Sin embargo, toquemos; pues suele escuchar a los que tocan, porque él mismo dijo: "Llamad, y se os abrirá" (Luc. 11, 9). ¡Oh, si él mismo se revelara, porque Cristo es la puerta: él mismo está dentro, él mismo está fuera, él mismo es el camino que conduce, él mismo es la vida a la que nos esforzamos por llegar!

36. Ven, pues, Señor Jesús, y abre para nosotros tus fuentes, para que bebamos del agua, de la cual quien bebe, no tendrá sed jamás (Juan 4, 13). O si aún no podemos beber de tu fuente, digna concedernos que al menos podamos beber del pozo, de donde prometes bebida a aquella mujer samaritana que aún duda. Y tú, en verdad, prometes a todos de la fuente, pero a los que dudan, como a aquella samaritana, tu fuente aún es un pozo profundo. Bebamos también nosotros del agua de los secretos celestiales. Y puesto que hemos merecido llegar a tu fuente, permítenos al menos ver la imagen de los misterios celestiales.

37. Así, a menos que me equivoque, entendemos por el profeta al Espíritu Santo; pero por la adúltera podemos considerar las diversas fornicaciones de la Sinagoga. Y por eso vemos revelado mucho antes que del Espíritu Santo, y de la familia de los judíos (cuyos son los padres, y de los cuales es Cristo según la carne) el Señor Jesús iba a ser engendrado (Gén. 49, 10), quien ciertamente nació como judío de una familia adúltera, pero como inmaculado de una Virgen. Estaba bajo la Ley, estaba como bajo el marido la familia de los judíos; debía abolirse la observancia de la Ley, para que se sustituyera la verdad y la gracia.

38. Tenemos un misterio: recibid también otro; pero recordad que de la primera concepción de Betsabé nació un niño que murió, y después nació Salomón: aquel niño de una concepción furtiva; pero este Salomón ya de la profesión del matrimonio. Está claro, pues, que por David se entiende al profeta, por el profeta al pueblo profético, del cual y de la Sinagoga el primero que nació (pues degeneró de sus mayores por los crímenes formados, y por los vicios concretados el pueblo de los judíos) no pudo llegar a la eternidad de la resurrección, ni crecer hasta ser un hombre perfecto; sino que en la exigua pequeñez de los sentidos, y en una cierta

infancia de virtud, desfalleció. Pero aquel que después fue concebido de una unión legítima, el pueblo cristiano, aquel sabio y pacífico, pues esto se revela en la interpretación de Salomón, llegó a la ancianidad de la resurrección longeva, y al reino celestial. Por aquel pueblo la Ley fue disuelta, por este la gracia fue reformada.

39. Recibid también un tercer misterio. Lo que los hebreos llaman David, los latinos interpretan como humillado. Pero, ¿quién es verdaderamente humillado, sino aquel que no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que, tomando forma de siervo, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filip. 2, 6 y ss.)? Este, pues, es quien se significa por David, excelso por naturaleza, pero humillado por misericordia: sublime en divinidad, pero manso en cuerpo. Así que donde está humillado, allí está obediente. Pues de la humildad nace la obediencia, y en ella termina. Pues cuando se dice que fue hecho obediente hasta la muerte (y la muerte no fue de la divinidad, sino del cuerpo) ciertamente no fue obediencia de la divinidad, sino del cuerpo; ni fue humildad de la majestad, sino de la carne. Así que en cuanto a la ascensión del cuerpo se refiere, la lectura apostólica ha declarado en qué consistió la humildad de Cristo: pero en cuanto a la naturaleza de la divinidad se refiere, la lectura evangélica lo ha revelado: lo cual seguisteis con piadoso asentimiento, cuando escuchasteis leer, diciendo el Hijo de Dios: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Pues el Padre y el Hijo son uno en divinidad: pero no son uno en el sacramento del cuerpo y la eternidad de la divinidad. Sin embargo, no solo el Apóstol dijo que el Señor fue humillado, sino que él mismo también recordó ser humilde diciendo: "Tomad mi yugo, porque es ligero; porque soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11, 29). Y sin embargo, no solo por interpretación, sino también por apelación fue señalado; porque está escrito: "He hallado a David mi siervo, con mi santo óleo lo he ungido" (Sal. 88, 21). Y más adelante dice: "Tú eres mi Padre" (Ibid. 27); y, "Yo le diré: Tú eres mi Hijo". Por lo tanto, el David que buscábamos, lo hemos encontrado: siervo en apariencia, pero Señor en verdad.

CAPÍTULO VIII.

Qué significa la casa real en la que David pasea: qué significa la desnudez y el baño de Betsabé; y qué significa que, al ser vista desnuda, fue amada de inmediato.

40. Así pues, David caminaba dentro de su casa. ¿Qué casa es la de Cristo, sino aquella de la que dice: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan 14, 2)? En ese palacio, contemplando la condición humana desnuda, la vio y se compadeció, amándola. Pues estaba aún desnuda de virtudes, porque por las insidias de la serpiente había sido despojada de las vestiduras de su naturaleza. No parece verosímil que una mujer se desnudara ante la casa del rey, que una mujer se lavara ante la casa del rey (2 Samuel 11, 2 y ss.): como si no hubiera otro lugar adecuado para el baño. No encaja, no es congruente, no concuerda con la fe: dista de la verdad, repugna al sentido. Un rey podría horrorizarse de tal mujer, tan descarada, tan provocativa, no amarla. ¿Acaso ella, si no se avergonzaba ante su esposo, no podría al menos temer la mirada real? ¿Acaso los ministros del rey no pudieron impedir que ella se mostrara antes de que el rey la viera?

41. Por tanto, si esto no puede concordar con la fe, busquemos quién es esta desnuda, a saber, la condición humana, despojada de todas las vestiduras de la naturaleza, carente del manto de la inmortalidad y despojada del velo de la inocencia. Está desnudo quien es desnudado por el pecado y la culpa. De hecho, el primer pecador de nuestra raza, y ojalá hubiera sido el único, antes de pecar no sintió que estaba desnudo, pero después de pecar, se vio desnudo; y por eso pensó en cubrirse con hojas, porque reconoció que estaba desnudo. Así, se hizo desnudo para

sí mismo después de hacerse culpable de culpa. En él, toda la condición humana fue desnudada, por la sucesión de la naturaleza; sujeta no solo a la culpa, sino también a la miseria. Por tanto, él se sintió y se vio desnudo: de ahí que nuestra condición sea tal que quien se considere desnudo, se vea y se sienta desnudo. De hecho, quien codicia riquezas está desnudo; quien las desprecia, es opulento. Tanto es así que el sentido de cada uno es su miseria, y la virtud de cada uno está libre de injuria. Así pues, Cristo primero reclamó para sí la condición humana a través de la Ley en matrimonio, que luego repudió. Por eso dice: "¿Dónde está el libelo de repudio de vuestra madre, con el cual la despedí?" (Isaías 50, 1). Así, Cristo vio a su familia desnuda y la amó: Cristo ama el alma santa. De hecho, Jesús amaba a Lázaro y a María: Cristo amaba a su Iglesia, aunque desnuda, aunque aún no vestida con el adorno de las virtudes.

42. Para que sepamos que la serie de las Escrituras se ajusta a la discusión propuesta, aprendamos que la Iglesia se purifica, que busca, se apresura y se lava ante la casa de Cristo, cuando Juan bautizaba en el Jordán diciendo: "Yo os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo, de quien no soy digno de llevar el calzado; él os bautizará en Espíritu Santo" (Mateo 3, 11). Así, cuando el pueblo era bautizado para arrepentimiento, ciertamente buscaba a Cristo ya cercano a su casa, para llegar a la gracia. La Iglesia buscaba a Cristo a través de Juan diciendo: "Anúnciame a quien ama mi alma" (Cantar de los Cantares 1, 6); recordando que él es la causa de su deseo, él es la causa de su baño, como tienes: "Soy morena y hermosa, hija de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón" (Ibid., 4). Tienes la razón por la cual se afana en lavarse, porque recuerda que es morena. Pues como respondiendo a Juan, que preguntaba por qué el pueblo que acudía en masa deseaba lavarse, respondió: "Soy morena y hermosa, hija de Jerusalén". Porque es morena, desea lavarse; porque es hermosa, no teme ser vista desnuda. "No miréis", dice, "que estoy oscurecida, porque el sol no me ha mirado". Así que nos oscurecemos cuando no somos vistos por Cristo; pero cuando somos vistos, nos volvemos blancos. Así la vio aquel para quien todo está desnudo, y los secretos internos del corazón no pueden ocultarse; porque es escudriñador del corazón y de los riñones: nada está oculto para él, nada está envuelto. Vio a su Iglesia desnuda, y la vio, y la amó. Vio a la amada desnuda, y como hijo de la caridad, la amó.

43. Ved cómo ve, ved cómo llama. Aquí no hay reproches de adulterio, sino misterios de castidad. "Toda eres hermosa", dice, "amiga mía, cercana mía, y no hay reproche en ti. Ven aquí desde el Líbano, esposa, ven aquí desde el Líbano, pasarás y atravesarás desde el principio de la fe" (Cantar de los Cantares 4, 7 y 8). Y bien desde el principio de la fe. Así que donde tienes fe, no debes temer el adulterio; porque la fe es del matrimonio, el engaño del adulterio. Pero para que pueda venir desde el Líbano, antes dijo: "Levántate, ven, cercana mía, hermosa mía, paloma mía, perfecta mía" (Cantar de los Cantares 2, 10). Cercana, ciertamente por el deseo de la fe; hermosa, por el adorno de la virtud; paloma, por la gracia espiritual. Pues las alas de la paloma plateadas significan aquel poder eterno; y el vuelo de la paloma declaró la presencia del Espíritu Santo. Cristo, por tanto, la llama a sí para que venga; porque ya venía dotada de precios espirituales: "Porque he aquí", dice, "el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado, se ha ido, las flores han aparecido en la tierra" (Ibid., 11 y 12). Ved cómo se invita a la santa Iglesia. "El invierno", dice, "se ha ido", para que no tema el invierno desnuda, no el invierno del tiempo, sino de la debilidad, que despoja al campo del alma de toda flor. Hay un invierno no del sol terrenal, hay un invierno de la mente, cuando el frío se infiltra en el ánimo, cuando el calor del alma se desvanece, cuando el vigor del sentido se disuelve, cuando el exceso de humor inunda y agobia la mente, cuando la visión interior se oscurece. Y por eso dice el Señor: "Orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en

sábado" (Mateo 24, 20). Es bueno que el día del juicio o de la muerte llegue cuando la suave templanza del ánimo esté en vigor, cuando el misterio celestial resplandezca con luz serena, cuando nuestro corazón arda en nosotros. Entonces Cristo está presente, como testifican en el Evangelio Amós y Cleofás diciendo: "¿No ardía nuestro corazón en nosotros en el camino, cuando nos abría las Escrituras?" (Lucas 24, 32). El ánimo está en vigor cuando también la flor se ve en la tierra. ¿Quién es esta flor de buen olor, sino aquel que dijo: "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles" (Cantar de los Cantares 2, 1)? De quien también está escrito en Isaías: "Y saldrá una vara del tronco de Jesé, y una rama de sus raíces brotará, y un retoño saldrá de su raíz" (Isaías 11, 1). La raíz ciertamente es la familia de los judíos, la vara es María, la flor de María es Cristo, quien cuando resplandece en nuestra tierra, y en el campo del alma exhala su fragancia, o en su Iglesia florece, no podemos temer el frío, ni temer la lluvia, sino esperar el día del juicio.

44. Y por eso la Iglesia, para ver esta flor, se apresuraba con todo empeño, como ella misma testifica diciendo: "En mi lecho, en las noches busqué al que ama mi alma: lo busqué, y no lo hallé: lo llamé, y no me respondió. Me levantaré, y entraré en la ciudad, en el foro, y en las plazas, y buscaré al que ama mi alma" (Cantar de los Cantares 3, 1 y ss.). "Lo busqué, y no lo hallé... Me encontraron los guardias que rondan la ciudad, me golpearon, y me quitaron el manto" (Cantar de los Cantares 5, 7). Ved cómo busca al que desea encontrar, para no temer ser herida. Pero estas heridas no deben temerse, sino desearse; porque son heridas de caridad; como ella misma dice: "Estoy herida de caridad" (Ibid. 8). Buenas son las heridas de la caridad. De hecho, son más útiles las heridas del amigo que los besos voluntarios del enemigo.

CAPÍTULO IX.

Prosigue con el mismo tema, mostrando que la Iglesia, despreciada por Cristo cuando estaba velada como la Sinagoga, le agradó desnuda; luego describe su ardor por buscarlo; y finalmente explica la disolución de la Ley simbolizada en la muerte de Urías.

45. Con razón, pues, está desnuda, porque perdió el manto: o tal vez está desnuda porque a veces es virtud no tener el pecho cubierto, no tener el corazón velado. De hecho, aquella velada, es decir, la Sinagoga (2 Corintios 3, 13 y ss.), que tenía un velo en la lectura del Antiguo Testamento, que ahora se revela, porque en Cristo se anula; velada, digo, la Sinagoga, Cristo la despreció y rechazó; de donde hasta hoy el velo está puesto sobre el corazón de los judíos. Pero aquella que se convierte totalmente al Señor con la mente, está desnuda y transparente. Porque cuando alguien se convierte al Señor, el velo se quitará; para que podamos ver la gloria de Dios reflejada. De hecho, en otro lugar, estar desnudo es indicio de virtud, porque está escrito: "Me quité mi túnica, ¿cómo me la pondré? Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré?" (Cantar de los Cantares 5, 3).

46. Así que, ¿qué túnica se quitó, y no encontró cómo ponérsela de nuevo? Revelémoslo de las Escrituras, si podemos. Hay una cierta túnica corporal, hay ciertos velos tejidos de deseos; y por eso a veces es mejor estar desnudo de cuerpo que velado de corazón. Por eso también Pablo nos advierte que es mucho mejor despojarse que vestirse, diciendo también en otro lugar: "Despojaos del viejo hombre con sus hechos, y vestíos del nuevo, que se renueva en conocimiento, según la imagen de aquel que lo creó" (Colosenses 3, 9 y 10). Así que quien está despojada, y tiene los pies lavados; y por eso quien se ha lavado, no sabe cómo pueden ensuciarse. Porque olvida por la gracia lo que había adquirido por la naturaleza. Grande, pues, es este justo amor de la mujer que se lava ante el palacio de David.

47. Sin embargo, no solo se lavó, sino que también llamó; como leemos en el mismo libro, diciendo la santa Iglesia: "Ven, hermano mío, salgamos al campo, descansenos en las aldeas, levantémonos temprano para ir a las viñas, veamos si ha florecido la vid" (Cantar de los Cantares 7, 11 y 12). No solo se lava, sino que también provoca e invita a Cristo a venir a ella diciendo: "Te daré mis pechos" (Ibid.). Y no solo los suyos, sino que también promete cosas nuevas y viejas, como tienes: "Nuevas y viejas, hermano mío, las he guardado para ti" (Ibid. 13). Y como impaciente de amor busca el apoyo de alguien, para que Cristo sea rogado a venir. Vedla ansiosa, vedla deseosa: "¿Quién me dará, hermano mío, que mame los pechos de mi madre?" (Cantar de los Cantares 8, 1). Y muestra de qué manera busca, y con qué gracia invita, y cómo puede retenerlo: muestra cómo lo espera fuera, y para que entre en su casa, implora diciendo: "Encontrándote fuera, te besaré, te tomaré, y te llevaré a la casa de mi madre, y al aposento de la que me concibió" (Ibid. 2). Ves cómo está desnuda, quien no puede tener secreto cubierto, ciertamente de naturaleza intachable, secreto de conciencia íntima, no designado por alguna temeridad de vicios. Porque la Iglesia santa es un jardín cerrado, y la virginidad inmaculada, que por eso merece esta gracia de Cristo, porque buscó, deseó, encontró la Palabra de Dios, vigilando ante las puertas de la sabiduría, como ella misma dice: "Bienaventurado el hombre que me escucha, y el hombre que guarda mis caminos, vigilando diariamente a mis puertas, guardando los postes de mi entrada. Mis salidas son salidas de vida" (Proverbios 8, 34).

48. Así Cristo deseó la belleza de su Iglesia y se preparó para tomarla como esposa. Pero porque estaba bajo la Ley (pues Pedro, Juan y los demás apóstoles estaban bajo la Ley), primero pensó que debíamos ser liberados de los vínculos de la observancia corporal. Aunque la Ley es religiosa, la Ley es justa, como se introduce la persona de Urías, quien fue tan religioso y casto, que regresando de la guerra no reconoció a su esposa, ni entró a ella; sin embargo, porque Urías conoció en David, es decir, en un hombre humilde, la unión con la Iglesia, apartándose de la unión con la Sinagoga, preparó el lugar para futuras nupcias. Por eso también Juan recibió el tipo de la Ley, quien aunque era de los Padres, anunció preparar los caminos del Señor y profetizó la unión con la Iglesia; y por eso se introduce como asesinado, para mostrar el fin de la observancia legítima. Porque la Ley y los profetas fueron hasta Juan. Así que ya Urías ha sido asesinado en el tipo de la Ley, para que la Sinagoga fuera liberada de los lazos de la Ley, porque la mujer que está bajo el marido, mientras el marido vive, está ligada a la ley; pero si el marido muere, está libre de la ley del marido. Así que mientras el marido vive, será llamada adúltera si se une a otro hombre; pero si su marido muere, está libre de la ley del marido: de modo que no es adúltera si está con otro hombre. Por tanto, no es adúltera la condición humana, que aunque estuvo bajo la Ley, sin embargo, abolida de algún modo la observancia de la Ley, fue reivindicada en la gracia.

49. Pero la observancia de la Ley no la abolió Cristo. Por eso tampoco David mató a Urías, sino que permitió que fuera asesinado por los guerreros: es decir, Cristo permitió que el rito de la observancia venida de la Ley fuera profanado por la incursión de los bárbaros y la cautividad de los judíos. De hecho, Urías significa "mi luz". ¿Y qué luz de Cristo, sino la Ley y el Evangelio? Porque si creyeráis a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan 5, 46). Porque la luz de Cristo precedió en la Ley, cuya gracia en el Evangelio llenó todo este mundo como en un espíritu heptamix. De aquí, pues, Cristo tomó la carne o la Iglesia de la Ley y la unió a sí mismo: cuya luz de la Ley el pueblo hostil disminuyó, cuando violó las cosas santas de la Ley. Por tanto, la luz de Dios fue disminuida en el pueblo de los judíos; porque la ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles entre, y así todo Israel sea salvo.

CAPÍTULO X.

Renovando la atención, investiga más profundamente el misterio oculto en el adulterio de David, a saber, la unión del Verbo divino con la naturaleza humana.

50. Aún queda un cuarto misterio, que, os ruego, recibáis con oídos atentos, y no peséis nuestras palabras, sino nuestro sentido; porque el reino de Dios no está en palabra, sino en poder. Se cometió adulterio, y se cometió homicidio. Esto es lo que se dijo al Profeta: "Toma para ti una vara de almendro" (Jeremías 1, 11). Y en otro lugar leemos de una vara de almendro, por la cual entendemos un cierto derecho y la suma de la profecía, que al modo de la almendra es amarga por fuera en la cáscara; dura en el medio en la cáscara, tierna por dentro y fructífera. Aunque, pues, en la historia escucháis cosas más amargas, en el tipo conocéis cosas duras; esperad, sin embargo, cosas fructíferas en el misterio. Adulterio, digo, se hizo en el tipo de la salvación; porque no todo adulterio debe ser condenado. De hecho, se dijo al Profeta: "Ve, toma para ti una mujer fornicaria" (Oseas 1, 2). El Señor ordena esto, que haya matrimonio con la que ha fornicado: cuyo parto, como dijimos antes (Supra, cap. 9 de este libro), es Cristo. Pues al hijo que nació de la fornicación, el Señor le puso el nombre de Jezrael, que es generación divina. Si, pues, aquella unión con la fornicaria fue piadosa, también esta unión con la adúltera es ciertamente piadosa. Pero aquella es de los judíos. De las cosas divinas, no me atrevo, aunque sea piadoso, a llamar adulterio, no sea que alguien se ofenda por el sonido de la palabra, aunque el sentido de la veneración esté a la vista; sin embargo, puede decirse con más cautela, aunque no más expresamente, que de uniones desiguales se hizo una piadosa convivencia, cuando el Verbo se hizo carne. Porque no son legítimas las asociaciones de la divinidad y la carne; ni como en cierto pacto convienen las naturalezas, la carne al alma y el alma a la carne, así también la divinidad y la carne guardan de algún modo la ley del lecho justo. Dios asumió la carne, asumió el alma, por una encarnación inusitada ni legítima, hizo que la asociación fuera legítima, para que Dios sea todo en todos.

51. De hecho, para que sepas que es un misterio, interpreta los nombres. Tomas a David en el tipo de Cristo, Betsabé significa hija del sábado, o hija plena, o pozo del juramento. ¿Qué más expresivo, pues, que la hija del sábado es la carne de Cristo; porque Dios envió a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la Ley? La misma es plena, porque en su pasión está la plenitud de la Ley, o porque está llena de la gracia del Espíritu Santo. Jesús, de hecho, lleno del Espíritu Santo regresó del Jordán. La misma también es pozo del juramento, es decir, de la religión y la fe. Y bien pozo, porque de su vientre fluirán ríos de agua viva. Así, pues, tomando para sí el Verbo de Dios, hizo que la unión fuera legítima; este misterio lo designaron aquellas bodas que están en el Cantar de los Cantares, en las que la Iglesia se casa con Cristo, y la carne con el espíritu. Y por eso el Verbo de Dios corría y buscaba por todas partes, porque herida, porque desnuda, porque adúltera en todo, aunque inmaculada en Cristo, la carne miserable buscaba al redentor.

52. Cristo se unió a ella para hacerla inmaculada: la unió para quitarle el adulterio. Y porque estaba bajo la Ley, debía morir para ser liberada de la Ley, para que por esa muerte se disolviera como un cierto matrimonio de la Ley y la carne. Así, la carne murió en Cristo, para que nosotros, muertos a la Ley por el cuerpo de Cristo, como dijo el Apóstol (Romanos 7, 4), fuéramos de otro que resucitó de los muertos, y las pasiones y deseos de la carne, y los pensamientos de los pecados que estaban en nuestros miembros por la Ley, murieran en esa muerte: y nosotros, liberados de la ley de la muerte, como nueva unión de Cristo, resurgiéramos en novedad de espíritu.

53. Y sin embargo, quienes disolvieron la Ley en la carne de Cristo, y pensaron que debía ser violada, todos fueron asesinados por orden de David por los guerreros. Con lo cual se indica lo que los posteriores enseñaron que estaba señalado, que ninguno de los que mataron a Cristo escapó; y eso se revela muy claramente, que aquellos que Jesús asumió antes de la muerte, como los judíos, perecieron como niños e informes: pero aquellos que asumió después de la muerte en el número de los hijos, fueron guardados para el reino. Por lo cual, según este misterio, conviene que el primer parto en los judíos fuera débil; para que después en los cristianos se hiciera fruto eterno.

CAPÍTULO XI.

Se propone la parábola de Natán, y se traduce al sentido moral, y luego al alegórico.

54. Pero pasemos ya al mensaje. Pues en días anteriores discutimos sobre aquel envidioso adulterio y homicidio del profeta David, y al recorrer los misterios no solo no encontramos nada que condenar, sino incluso algo que alabar. Ahora comienza el tratado sobre el mensaje que el título del salmo ya repetido frecuentemente muestra. Pues así es: Salmo de David de entendimiento, cuando vino a él el profeta Natán, después de que entró a Betsabé (Sal. L, 1).

55. Así que esta parte de la historia debe ser reexaminada, la cual es de esta manera. Rico, dice (II Reg. XII, 1 y ss.), y pobre estaban en una ciudad. El rico tenía muchos rebaños, muchas ovejas; el pobre tenía una sola oveja, que se alimentaba del pan y vino del pobre, y descansaba en su seno. Vino un huésped al rico; el rico no tomó nada de su rebaño ni de sus ovejas, sino que mató la única oveja del pobre. Cuando David supo esto, dijo: Morirá ese hombre, y restituirá el cuádruple. Natán le respondió: Tú eres. Luego le reveló el mandato celestial, diciendo que el Señor había mandado que le había dado muchas cosas buenas, es decir, riquezas reales, habiéndolo sacado del número de pastores, y que había derramado su misericordia sobre él; y por eso, ya que había irritado al Señor con su pecado, todo le sería arrebatado, saqueado por los enemigos, y su casa devastada. Entonces él dijo: He pecado. Y Natán respondió: Ya que confiesas haber pecado, el Señor te perdonará el pecado; pero tu hijo nacido de Betsabé morirá. Mientras el hijo estaba enfermo, David lloró, se postró en el suelo, se cubrió con cilicio, ayunó: cuando supo que había muerto, se levantó, se lavó, cenó, y consoló a los demás.

56. Vean cuántas cosas. Primero de todo, que Dios es piadoso y misericordioso, y que lo que nos sucede adverso lo recibimos como precio de nuestro error. Aprendimos, por tanto, que la cautividad es el precio del pecado; pues esta es la pena decretada por el crimen. Luego notamos que la caída de los reyes es la pena de los pueblos. Pues así como por su virtud somos salvados, también por su error nos ponemos en peligro. Por lo tanto, debemos desear tener un rey glorioso y perfecto. Entonces, ¿nosotros que queremos tener un rey perfecto, no queremos tener al Señor perfecto? ¿O acaso pueden querer que un hombre sea perfecto quienes no quieren que Dios sea perfecto? También brevemente el texto de la historia nos hace notar cuán pronto siguió la esperanza del perdón. No es poco, además, que Natán le haya anunciado esto, es decir, un profeta inferior. Pues es una grave vergüenza y pudor del delito ser reprendido por un inferior. Ven que la culpa disminuye la gracia. Natán sabía lo que David no sabía: tanto se oscurecía su mente, nublada por una cierta nube de vicios. Además, este es Natán, quien en lo anterior profetizó que David era acepto al Señor; para que doliera ser reprendido por el mismo que profetizó su mérito.

57. Pero busquemos ya el misterio. Dos, dice, hombres había en una ciudad, uno rico y otro pobre (II Reg. XII, 1). ¿Quién es este rico o pobre, sino quizás un pueblo de los judíos y otro pueblo cristiano? Aquel rico en la Ley, rico en las palabras de Dios confiadas a él, rico en profecías, rico en oráculos; este, en cambio, pobre. Pero no rehúyan esta pobreza, que sigue al reino de los cielos. Pues está escrito: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Buena pobreza, que lo que tiene, no lo pierde. Buena pobreza, que si no tiene tesoros de dinero, tiene sin embargo tesoros de ciencia y sabiduría. No desprecien, hijos, la pobreza como si fuera vil. Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó (Sal. XXXIII, 7). No envidien las grandes riquezas: Los ricos pasaron necesidad y tuvieron hambre (Ibid., 11). Pero si quieren tener bienes, busquen al Señor: Porque los que buscan al Señor no carecerán de ningún bien (Ibid.). Por tanto, no rechacen a todo pobre. Pedro era pobre, y no tenía una moneda que dar; pero daba una salvación más preciosa que todo el dinero. Aquel pobre era Lázaro en el Evangelio (Luc. XVI, 19 y ss.); pero aquel que antes yacía rico en púrpura y lino fino, deseaba después de la vida ser refrescado por la gota del dedo del pobre. Aunque aquel rico en púrpura regio y vestiduras púrpuras despreciaba las llagas del pobre, sin embargo, colocado en los infiernos, deseaba estar en el lugar donde estaba Lázaro. En este lugar la lectura no parece describir al rico y al pobre en términos de dinero, sino a aquel pobre que por fe y devoción no temía las llagas del cuerpo, soportaba el hambre y el ayuno.

58. Así que, aunque el pueblo de los judíos tenía en sus rebaños muchas ofrendas, sin embargo, arrebató la única oveja que tenía aquel pueblo pobre, sometiéndola a la gloriosa pasión. ¿Quieres saber qué oveja? Como oveja fue llevado al matadero (Isa. LIII, 7), quien se alimentaba del pan del pobre, y usaba la bebida del pobre, y dormía en el seno del pobre. Pues usaba nuestros alimentos, descansaba en el regazo de nuestro pecho. Porque en el seno de los judíos recordó que no podía descansar, diciendo: El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Luc. IX, 58).

59. Y vino un huésped, dice, a aquel hombre rico. ¿Quién es este huésped, sino el miserable pecado? Pues la culpa entró en este mundo como huésped, ajena y extraña a nuestra naturaleza. Así que no ofreció una ofrenda de sus rebaños, sino que tomó la oveja del pobre, y la mató. Aunque su pasión sirvió a algunos como sacrificio de salvación, sin embargo, parece haber sido para ellos alimento de su furia, y comida de culpa, y estímulo de pecado. Finalmente, Judas tomó el pan de Cristo, y entonces más se llenó del diablo; porque no lo tomó con fe, quien preparaba traición a tan hospitalario Señor.

60. Y David se enojó con aquel hombre. Dijimos que por el Profeta se declara el pueblo de los judíos, y por eso bajo esta figura se condena a sí mismo. Digno de muerte es aquel hombre que hizo esto, y restituirá la oveja en cuádruple, es decir, el pueblo de los judíos perecerá, pero el pueblo cristiano disfrutará de bienes más abundantes; porque es más excelente el estado presente que se debe a la resurrección.

61. Mi propósito fue, como recuerdan, responder con mi humilde discurso contra aquellos que creen que deben acusar de homicidio y adulterio al santo David: y así, con el favor de su unanimidad, el curso de nuestro tratado ha resultado: que aquel que pensábamos que no podía ser defendido, parece digno de ser alabado por todos. Pero ya que el santo varón no necesita de nuestra ayuda, que él mismo hable por sí mismo ante ustedes, y que sus propias palabras defiendan su acción.

CAPÍTULO XII.

David confiesa su pecado a Dios, componiendo el salmo L, cuyos versos se explican aquí; primero se indaga qué es la gran misericordia, y qué la multitud de misericordias; luego se enseña que solo Dios puede borrar nuestras iniquidades, que al no poder ocultarse, deben ser confesadas como lo hizo David. Finalmente, se hace evidente que los arrianos recaen en la impiedad de los maniqueos.

62. Ten piedad, dice, de mí, Señor, según tu gran misericordia (Sal. L, 3). Nueva, si no me equivoco, queridos hermanos, es esta conjunción del discurso, para que se diga gran misericordia. No recuerdo haberlo leído fácilmente en otro lugar: y por eso no podemos decir fácilmente qué es la gran misericordia. Sin embargo, leemos de la gran virtud de Dios. Y por eso, considerando qué es la gran virtud, podremos conjeturar qué misericordia quiso designar como grande. Pues leemos en el santo Jeremías: ¿quién eres, Señor? Tú hiciste el cielo y la tierra, con tu gran virtud, y con tu brazo excelso (Jer. XXXII, 17). La gran virtud, por tanto, hizo el cielo. ¿Cuál es la gran virtud; del Padre, o del Hijo? Sin duda, la gran virtud es del Padre; pues él hizo el cielo y la tierra por medio del Hijo, como tienes: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gen. I, 1). Pero también el Hijo es gran virtud. Pues cuando lees que el Hijo es la virtud del Padre (I Cor. I, 24), como tienes a Cristo, sabiduría y virtud de Dios, sin duda, siendo el Hijo la virtud del Padre, el Hijo es gran virtud. ¿Cómo, entonces, se niega que sea omnipotente, a quien confesamos como gran virtud de Dios? Esta gran virtud, por tanto, hizo el cielo; porque el cielo lo hizo también el Hijo, como tienes: Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3). Por tanto, si el Padre lo hizo y el Hijo, sin duda la unidad de la obra indica la unidad. Por tanto, la obra del Padre y del Hijo no discrepa. Si, sin embargo, hay una obra, sin duda hay un poder de la obra, y una majestad de los hechos. Esto sobre el Padre y el Hijo.

63. ¿Por qué, entonces, callamos sobre el Espíritu, especialmente cuando la Escritura divina no nos permite callar? Pues el lugar da un testimonio muy oportuno para comprobar la unidad del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo, para que no podamos dissociar su obra de la obra del Padre y del Hijo. Pues leemos que es gran virtud del Padre haber hecho el cielo; gran virtud también del Hijo haber hecho el cielo: no solo lo hizo, sino que también lo afirmó: Pues por la palabra del Señor fueron afirmados los cielos (Sal. XXXII, 6). Por tanto, si hacer y afirmar el cielo es de gran virtud, tampoco podemos separar al Espíritu Santo de la majestad de la gran virtud; porque está escrito: Y con el espíritu de su boca toda su virtud (Ibid.). Pues cuando se hacía el cielo y la tierra, el Espíritu se movía sobre las aguas; de quien en otro lugar dice el profeta David: Envía tu Espíritu, y serán creados (Sal. CIII, 13). De quien también en otro lugar dijo: Porque veré tus cielos, obra de tus dedos (Sal. VIII, 4). Pues Dios no hizo el cielo y la tierra con dedos corporales; sino con la gracia del Espíritu septiforme, con aquel dedo de quien tienes en el Evangelio: Pero si yo expulso los demonios con el dedo de Dios (Luc. XI, 20). Pues este dedo en otro lugar lo llamó Espíritu, como tienes: Pero si yo expulso los demonios con el Espíritu de Dios (Mat. XII, 28). Si, por tanto, el Espíritu de Dios es dedo, ya que el brazo de Dios es el Hijo, sin duda el Espíritu cooperó con el Padre y el Hijo por la unidad de la obra, hizo el cielo y la tierra. Pues llamó dedo al Hijo, para expresar la unidad de la divinidad como de un solo cuerpo. Por tanto, si la gran virtud creó el cielo, sin duda la gran sabiduría creó el cielo; porque está escrito: Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. CIII, 24).

64. Aprendimos, por tanto, qué es la gran virtud, recojamos ahora qué es la gran misericordia. Si la gran virtud hizo los cielos, también la gran misericordia debe ser del cielo, y la gran justicia debe ser del cielo; pues la justicia miró desde el cielo, y la misericordia vino del cielo. Por tanto, se hizo gran misericordia, porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Por tanto, la gran virtud hizo los cielos, la gran virtud inclinó los cielos, como

leemos: E inclinó los cielos y descendió (Sal. XVII, 10). Lo que muestra que el Hijo de Dios nunca estuvo sin su divinidad, ni cuando estaba entre los hombres; pues aunque asumió lo que no era, no dejó de ser lo que era. Por tanto, cuando se dice: E inclinó los cielos, y descendió, no parece tanto haber descendido del cielo, como haber descendido con el cielo. Pues cuando el Padre hablaba con el Hijo situado en la tierra, los ángeles ministraban, no parece tanto haber cambiado de sede el Hijo de Dios, como haberla trasladado. Por tanto, aprendimos que es gran misericordia.

65. Por tanto, si es gran misericordia haber descendido del cielo, debemos distinguir y entender qué es la multitud de misericordias. Pues sigue: Y según la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad (Sal. L, 3). Pues no significa lo mismo cada versículo; sino que aquello se refiere a la Encarnación, y lo que sigue parece referirse a las injurias que el Hijo de Dios sufrió en la carne, porque ayunó, porque tuvo hambre, porque lloró, porque fue azotado, porque fue crucificado, porque murió, porque fue sepultado. Pues estos son signos de la carne, no de la divinidad. Y fue necesario que la multitud de miserias fuera eliminada por la multitud de misericordias, para nuestro beneficio en la lucha de la pasión del Señor.

66. Pues no borraba sus propios pecados, porque no cometió pecado alguno; sino que, hecho pecado, nuestros pecados debían ser borrados, como dijo David: Borra mi iniquidad. ¿Qué significa borrar? Veamos esta palabra; pues no es ociosa. Finalmente, en otro lugar dice: Yo soy el que borra tus iniquidades, y no me acordaré (Isa. XLIII, 25). Hay ciertamente algunas llagas profundamente impresas en nuestra conciencia de los delitos, y algunas cicatrices de nuestras mentes y almas, que se cubren con las llagas de nuestros errores. Por tanto, la culpa tiene sus caracteres y signos, por los cuales se delata: lo cual no lo inventamos con nuestro ingenio, sino que lo señalamos con autoridad profética. Está escrita, por tanto; y veamos dónde está escrita: En el pecho, dice, de tu corazón (Jer. XVII, 1). Esto es, allí está escrita la serie de la culpa, donde también está la forma de la virtud; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Pero las cosas buenas no se escriben con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo: pero las cosas viciosas, con un punzón de hierro y una uña de diamante. Tal es casi la escritura, como es la pena del pecado. Por tanto, está escrita con un punzón de hierro, esto se castiga con una vara de hierro, como está escrito: Los regirás con vara de hierro (Sal. II, 9). Otra es aquella vara recta, vara de tu reino (Sal. XLIV, 7): esta castiga con suplicio a los culpables, aquella gobierna a los inocentes con imperio. Por tanto, está escrita la culpa: veamos dónde. No fuera, sino dentro de tu corazón y en tu pecho. Pues así como la palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón: así a los infieles se les expresa en el mismo corazón la figura del pecado, y la imagen del error. Por tanto, dentro está la culpa, dentro también la virtud. Y por eso el Señor dice: Siento, dice, que ha salido de mí virtud (Luc., VIII, 46): para mostrar que las cosas buenas proceden del interior, y al contrario, las cosas malas proceden del interior. Pues no lo que entra, dice, en la boca, contamina al hombre; sino lo que sale de la boca (Mat. XV, 11). Pues de tu corazón proceden los pensamientos; y por eso cuida que de tu corazón no salgan malos pensamientos, que te acusen y condenen en el tiempo posterior. Pues Dios no necesita testimonios para condenarte: tu propia culpa te acusa y delata.

67. Luego bien dice David en este salmo: Y mi delito está siempre contra mí (Sal. L, 5). ¡Ay de mí, que deseo ocultarme, y no puedo ocultarme! Pues ¿cómo me ocultaré, si llevo inscritas en mi pecho las pruebas de mis delitos? Se desnudará en aquel día del juicio el pecho de cada uno, dando testimonio a todos su conciencia, y acusando o también defendiendo mutuamente los pensamientos, en el día en que el Señor juzgará los secretos de los hombres. ¿Qué vergüenza será aquella, cuando comience a revelarse a todos lo que pensábamos oculto; cuando comience a descubrirse la imagen del delito de cada uno, para que cada uno sea

condenado por la serie de su crimen? ¿Qué vergüenza cuando aquel que juzgabas despreciable en este mundo, veas que es preferido; aquel siervo tuyo, aquel que según las astucias de este siglo juzgabas inepto e inhábil, reconozcas que ha sido honrado con las riquezas de su simplicidad? Por tanto, mientras vivimos, refugiémonos en aquel que puede borrar el pecado. Ni temas que esté escrito con un punzón de hierro y una uña de diamante; pues él rompió las puertas de hierro y diamante, ni temas confesar la culpa.

68. David confesó, reconoció su iniquidad, reconoció su error; y por eso dice: Porque reconozco mi iniquidad (Ibid.). David reconoce, ¿y tú no reconoces? David confiesa, ¿y tú niegas? Pablo clama que es culpable (I Tim. I, 15), ¿y tú afirmas que eres inocente? No es, por tanto, el mayor lugar de vergüenza, cuando hay mezcladas compañías de pecado con muchos; si seguimos, sin embargo, el deseo de corregirnos. Ni tampoco temas, que la confesión de la culpa se mantenga para el castigo. Pues Dios bueno y misericordioso no solo acostumbra a perdonar las culpas a los que confiesan, sino también a otorgar premios a los que corrigen; sí, sin embargo, cada uno pide que se le perdone lo que entiende que no está oculto. Di, por tanto, tus iniquidades, para que seas justificado (Isa. XLIII, 26). Esta es la voz de Dios que quiere perdonar: esta es la voz de Dios que promete que quiere borrar tu pecado.

69. A ti he pecado, dice David, y he hecho el mal ante ti. Esto es, aunque los hombres no vean, tú ves; aunque los hombres no puedan juzgarme, porque son partícipes de los delitos; tú, sin embargo, eres juez de cada uno, porque estás libre de delitos. Por más que en el corazón íntimo se oculten los pensamientos nocivos, están ante ti, que puedes decir: ¿Por qué piensan mal en sus corazones? (Mat. IX, 4). Sin duda, Cristo dice esto. Quien, por tanto, sabe lo que está escrito en el corazón, puede borrar lo que está escrito en el corazón. A quien nuestro David confiesa no solo haber pecado en sí mismo, sino también en el primer hombre, mientras se transgreden los mandamientos divinos.

70. Por lo cual se puede advertir, queridos hermanos, cómo todas las herejías, mientras se atacan, recaen en sí mismas. Por tanto, los arrianos, mientras separan el poder del Padre y del Hijo, incurren furiosamente en el mismo resultado de la disputa, para que su afirmación coincida con la de los maniqueos, pues ellos dicen que hay un Dios del Antiguo Testamento y otro del Nuevo. La santa Iglesia condena esta afirmación profana, que lee un solo Dios; porque un solo Dios Padre de quien son todas las cosas, y nosotros en él: y un solo Señor Jesús por quien son todas las cosas, y nosotros por él (I Cor., VIII, 6). Sin duda, se declara el poder omnipotente y uno del Padre y del Hijo; para que no separemos al Padre de la gracia del Nuevo Testamento, ni tampoco separemos al Hijo de la restauración del mundo.

71. Finalmente, consideremos si el mismo Dios es el creador de ambos Testamentos. Sin duda, todos pecamos en el primer hombre, y a través de la sucesión de la naturaleza, también se transfirió la sucesión de la culpa de uno a todos. ¿En quién, entonces, he pecado, en el Padre o en el Hijo? Ciertamente en aquel que me confió, ya que al no guardar, pequé. Se le dio al hombre el mandato de que probara de todo lo que había en el paraíso, pero que no tocara el árbol del conocimiento del bien y del mal (Gén., II, 17). Por lo tanto, Adán está en cada uno de nosotros. En él, la condición humana falló, porque a través de uno, el pecado pasó a todos. Veo la suma que se me confió; veo la deuda de transgresión que he contraído, al probar lo prohibido e interdicto. De aquí debo el interés de la suerte cometida; porque la fe inmaculada no pudo guardar el crédito del mandato celestial.

72. Reconocimos el crédito, reconozcamos también al acreedor. Es derecho del acreedor exigir y perdonar; y por eso el mismo perdona, quien tiene el derecho de exigir. Así, cuando

en el Evangelio Cristo me dice: Tus pecados te son perdonados (Luc. V, 20); ¿no entiendo al mismo señor de la deuda, a quien reconozco como árbitro del perdón? O si el Padre confió, y el Hijo perdonó, no por unidad, como decimos nosotros; sino, como afirman los arrianos, por distancia de poder: ¿entonces un Dios confió, otro perdonó? De donde incurren, para no evadir la perfidia de los maniqueos. Luego, al decir que hay un solo Dios bueno, adviertan en qué lazos de su demencia caen. Si es bueno quien confió, ¿cómo no es bueno quien perdonó? Por lo tanto, los arrianos tienen parte con ellos, en cuya afirmación llegan. No es de extrañar que quien una vez comenzó a desviarse de la verdad, se enrede en los lazos del error ajeno.

73. Y por eso hay una sola sentencia, que destruye las maquinaciones de todos los herejes, para que creamos que la Trinidad es de un solo poder, majestad y virtud; y por eso no separemos al Padre de lo que hizo el Hijo; ni separemos al Hijo de lo que mandó el Padre. Así se hará, para que no introduzcamos a un Dios del Antiguo Testamento y a otro del Nuevo; sino que por la unidad del poder, el Hijo sea entendido en el Padre, y el Padre en el Hijo; y el Hijo sea confiado en el Padre, y el Padre perdone en el Hijo. Pues también el Padre perdona el pecado: ya hemos dicho que el Hijo perdonó.

74. Reciban que también el Padre perdona. Perdona, dice, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Ciertamente, el Hijo dice esto al Padre desde nuestra persona. No lo dice porque él mismo no pueda perdonar; sino que lo dice para que entiendan la unidad del poder.

75. Finalmente, si buscas autoridad en el Hijo: Ya estáis limpios, dice, por la palabra que os he hablado (Juan XV, 3). Perdona con la palabra, perdona con el mandato: pero perdona con razón diciendo: Vete, y no peques más (Juan V, 14). Tienes autoridad, porque perdonó lo antiguo: tienes juicio, porque prescribió lo futuro.